

Regresar a ARCHIVOS MARIO ARRUBLA

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Mario Arrubla

LA DAMA DE LAS CAMELIAS / Mario Arrubla
(Seudónimo: Larios Manrique)

Este cuento apareció en la revista Al Margen No. 10, junio 2004.

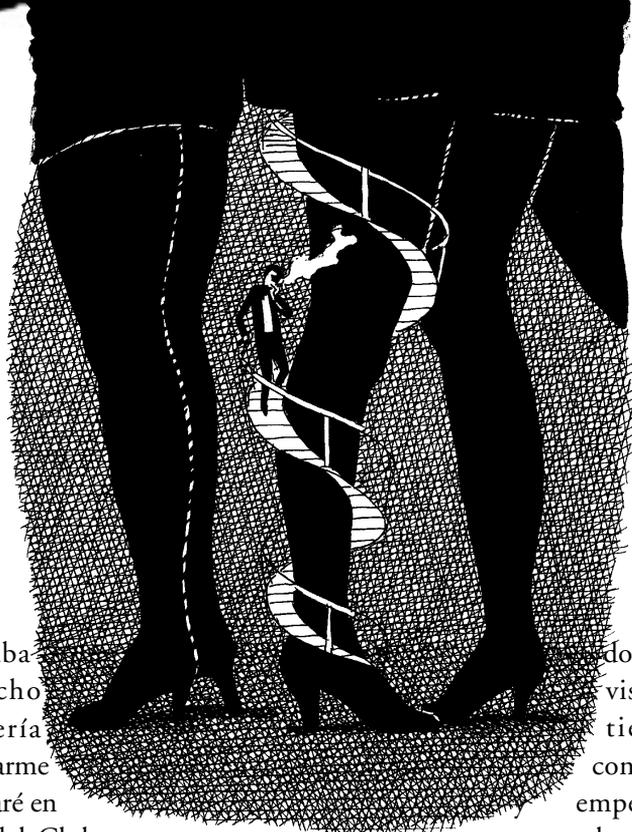


© 2021, I.A. EDITOR, USA
Todos los derechos reservados

La dama de las Camelias

a M.S.A.

Ya estaba borracho y no quería emborracharme más. Me paré en la puerta del Club Bataclán, el bar más bullicioso de las Camelias —un conglomerado de prostíbulos atravesado por una carretera polvorienta en lo que entonces eran las afueras de Medellín. No quería perder mi noche en el barrio, tenía que acostarme con Celina. Miré hacia la cantina del otro lado de la calle,



donde la había visto compartiendo mesa con un cliente, empecé a desear con todo el alma que saliera a la puerta. Nunca me había gustado beber en la cantina donde trabajaba Celina: la patrona tenía un cierto aire señorial que me intimidaba y no me dejaba desenvolverse como yo quisiera. Afortunadamente, los dormitorios tenían su propia entrada; para llegar a ellos se subía

por unas largas escaleras penumbrosas. Visitaba a Celina con alguna regularidad y ella, a menos que estuviera su “marido”, se mostraba siempre disponible para mí, si era el caso escapándosele al cliente de turno. Alguna vez que me quedé corto de dinero, me recibió igual. Otra vez, por celos, me amenazó con una navajita. Mejor dicho, estaba encaprichada conmigo, y eso, dada mi timidez, me facilitaba las cosas.

Sin apartar la mirada de su casa, me restregué los ojos para aclararlos. La zona danzaba en un carrusel de reflejos. “Estoy borracho”, me dije, y pensé que un aguardiente más me haría vomitar. El estómago era mi peor enemigo, sería bueno que inventaran un licor que no me revolviere el estómago. Para librarme de la somnolencia que me hacía mirar las cosas sin sentimiento, que privaba de gracia los cuerpos de las prostitutas y las volvía simples e inexpresivas, para no aceptar la muerte de ese impulso que ya me había costado mis buenos pesos, comencé a menear el cuerpo al son de la música que salía del Club. Había que embeberse en el ritmo de la guaracha, había que reanimar los bríos que estaba comenzando a perder.

¿Quién toca a la puerta y qué quiere?

¿Qué se le ha perdido al que viene?

Desde que amanece, toca que te toca,

Dígame quién es.

—Yo soy el vecino de al lado.

Vengo pa’ traerte un recado...

Eran casi las tres de la mañana, hora en que las mujeres quedaban libres del servicio de la cantina. Eso quería decir que se podían ir a dormir con el “marido”, cuando éste venía, o con el tipo que a bien tuvieran. También a esa hora cada una de las mujeres de la zona se había acostado con unos tres clientes, un promedio bajito para un sábado. “Celina debe de haberse acostado con tres tipos”. No pensar en eso, déle a la música, menee fuerte las caderas, coja bien el ritmo, inúndese de entusiasmo; no piense más en esas cosas, amigo. Unos tres tipos... No hay que pensar en eso y lo que implica. ¿Y qué es lo que implica? ¡Maldita sea!

Yo vivo mi vida tranquilo,

Todo el mundo toca a mi puerta...

¡Una guaracha genial! Allá estaba ella, con un vestido azul claro, de gasa y lentejuelas. Tal vez su acompañante había ido al baño y ella había aprovechado para salir. Me llamó con el brazo. Arranqué. Cada vez que la encontraba sus ojos chispeaban, me miraba con unos ojos... que no, no podía haberse acostado con nadie, me parecía que se había reservado para mí. Sin esperar a que yo llegara se

dirigió hacia las escaleras, haciéndome señas de que la siguiera. Cuando entramos, entornó la puerta y miró a hurtadillas hacia afuera. “¿Qué mirará?”, me pregunté. “¿Será si viene la patrona?” A la patrona no le gustaba que Celina se acostara conmigo porque, para hacerlo, muchas veces se le escapaba a los clientes. Después de un momento, Celina me llevó escaleras arriba, hacia su cuarto, en el segundo piso. El cuarto estaba iluminado por una lámpara de mesa, y Celina, después de cerrar la puerta, se puso a mirar por las rendijas. Empecé a cabrearla. “¿Qué pasa, Celina?”, le pregunté. Por toda respuesta, alzó la mano indicándome que esperara. Oí unos pasos por el entablado. Todavía sin llegar ante la puerta del cuarto, “¿Dónde estás, Celina?”, una voz de hombre preguntó. Un frío me subió por las piernas. “Celina, dónde estás?” Celina me miró y se puso el dedo en los labios: “Chiss”, urgiéndome a que guardara silencio. No era necesario que me lo recomendara. Lo que yo sentía era la esencia misma de la fatalidad. Eso me tenía que pasar algún día por burlar sistemáticamente a los clientes que habían estado haciendo el gasto con Celina. El hombre tocó tres veces. Silencio. Se impacientó y le dio un empujón a la puerta. Nos recostamos a ella fuertemente. “Celina, abrí pues”. “Celina, ¿oís, Celina?” Otro empujón. “Celina, voy a tumbar la puerta”. Su voz sonaba

persuasiva, casi como una súplica, pero detrás de ella se adivinaba una resolución inquebrantable. “Celina, voy a tumbar esta puta puerta”, dijo, repicadito.

Un gran empujón. Sobra decir que se me había pasado por completo la embriaguez. La consigna era clara: no dejarlo entrar. De pronto, Celina se volteó hacia mí. “¿Vos sos verraco?”, me preguntó, como si se hubiera decidido, como si no quisiera tolerarlo más. Cuando puse cara de no haber entendido la pregunta, explicó: “Pa’ que le salgás”. Tan bajo como me fue posible, le dije: “Esperáte, a ver”. En la mirada que me lanzó, haciéndose cargo de que no contaba conmigo, leí toda la profundidad de mi cobardía. Eso me debilitó. Cuando el hombre le dio un nuevo empujón a la puerta, estuve a punto de perder la fuerza con que la estaba aguantando. “Oíste”, gritó Celina, “mi marido está durmiendo”. “Entonces, salí”. “¿Por qué, si yo no tengo ninguna obligación con vos?” “Te di trago toda la noche. Mejor dicho, pistola”. Yo, con un nudo en la garganta: “¿Pistola?” Celina: “Falso brandy”. Otro empujón a la puerta. “Ya te dije que Alejandro está dormido. Respetá”. Un empujón más débil. “A mí no me importa Alejandro”.

“¿Qué hubo, vas a tumbar la puerta?”, sonó afuera una voz de mujer. Celina me cuchicheó: “Es

mi hermana”. Habló en voz alta: “¿Qué te parece, Ana? Alejandro está dormido, y este no respeta siquiera”. Ana dijo con voz firme: “No jodás, hombre. Respeta”. Aparentemente el hombre empezó a ceder. Oí cómo conversaba en tono menor con Ana, pero su voz subió de repente. “Voy a ver si es cierto que está Alejandro”. La puerta tenía una abertura en la parte superior del marco, entre dos travesaños. “¡Acostáte!”, me dijo Celina, y no me lo hice repetir. Me quité los zapatos y el saco a una velocidad supersónica y me metí en la cama cubriéndome con la cobija y haciéndome un rollo, para el caso de que mi físico fuera muy distinto del de Alejandro, quien, según todo lo indicaba, era conocido del hombre. Me cubrí la cabeza con el brazo y esperé, pensando que el hombre ya se había encaramado a mirar.

Largo tiempo, según me pareció, estuve así, sin moverme, casi sin respirar. De pronto, me dieron unas ganas absurdas de mirar, pensé que el tipo no podía haber aguantado tanto tiempo colgado del travesaño, y miré. Estaba asomado por la abertura, y nos quedamos mirándonos a los ojos, como se miran dos tipos que se cruzan en la calle, sin ninguna emoción particular, simplemente reconociéndose. En otras circunstancias, tal vez hubiéramos llegado a ser amigos. Pero cualquiera que fuera la neutralidad de su mirada, yo sabía

que el hombre estaba allí, decidido a hacer respetar la hombría del que paga por una mujer y no es debidamente respetado. Y sabía también que el hombre había descubierto tres cosas: que el que estaba en la cama, hecho un ovillo, no dormía; que no era Alejandro, y que tampoco era ningún valiente.

Se dejó caer. Salté de la cama y llegué justo en el momento en que la puerta recibía un golpe bestial. Dos, tres golpes más, y Ana empezó a chillar. Le soltó una letanía de palabrotas. Oí que se abrían otras puertas, que varias mujeres hablaban. “Este cabrón, que va a tumbar la puerta”, les explicó Ana, y yo pensé que, dadas las circunstancias, ese insulto era el menos indicado para aplacar al hombre. Celina, desde adentro, se unió al coro de insultos. Ahora todas las mujeres gritaban, el alboroto crecía por momentos. Después de un rato el corrillo se desplazó hacia las escaleras, y Celina salió. Permanecí detrás de la puerta y agarré un taburete por si al tipo le deba por venirse. Pero las voces se distanciaban cada vez más, ahora se oían abajo de la escalera; en la calle, más mujeres se unieron al coro, un perro empezó a ladrar, un hombre largó una carcajada; después, la voz de Celina, tal vez desde la acera, como quien se dirige a alguien que está lejos, vociferó un amplio repertorio de palabrotas que no voy a repetir aquí.

Yo estaba parado en la puerta de la pieza cuando, al cabo de un rato, volvieron Ana y Celina. Les pregunté con el tono de voz más natural que pude: “¿Se fue?” “¡Uh!”, asintió Ana, con suficiencia. “Y si no se va...”. Celina me miraba con una sonrisa maliciosa, como diciendo: “La que pasamos, mijo, ¿no?” Ana era una mujer acelerada. Habló un rato sin parar, contándome el incidente como si yo no hubiera estado presente. Finalmente me dio una palmadita en el hombro y me dijo: “Aquí no corre peligro, mijo. Acuéstese tranquilo”. Pero yo había decidido que de todas maneras me iría, que por nada del mundo iba a dormir allí, más aún, que era la última vez que entraba en ese cuarto. Las dos mujeres, como adivinando mis pensamientos, se me colgaron del brazo y me empujaron hacia la cama. Dije que yo no cargaba ni una aguja, justificando de paso mi actitud reciente. Ana me dijo: “Vea, mijo. Si quiere le presto mi puñaleta”. “¡Válgame Dios!”, pensé. “No”, dije. “Le agradezco, pero creo que tampoco es necesario”. “Entonces, ¿por qué no se acuesta? Ya cerramos la puerta de la calle. Si llega a entrarse, esta vez no sale entero”. Celina se me colgó del cuello, melindrosa: “Eh, papito. Venga acostémonos, pues”. Adoptando su tono normal, agregó: “Ese hombre no es valiente sino con las mujeres. Una vez le sacó cuchillo a una muchacha. Pero con nosotras la

cosa es a otro precio”. ¡Qué razones! Que eso se llamara cobardía, poco importaba. Lo que contaba era la peligrosidad del hombre. “Eh, papito, ¿le da miedo? No le dé miedo”. Me miraba y me acariciaba como a un niño. Ana se unió a sus ruegos: “Sí, mijo, acuéstese. Yo sé que usted es un muchacho decente, un estudiante. Pa’ tocarlo a usted nos tienen que matar a todas”. Todo eso me hacía sentir mal. Yo era pues un hijo de familia, y ellas comprendían que le tuviera miedo a un hombre y me ofrecían su protección. Celina empezó a arrullarme: “Buuu..., papito. Buuu...”.

Desde hacía rato entonaba mentalmente una canción: “Eso le pasa al que le sucede / Eso le pasa al que le sucede”. La tonada era mi forma de tomar distancia, de considerar aquella escena y mi cobardía como algo que le pasaba a otro, otro cuya forma de vida yo entendía pero no compartía. “Eso le pasa al que le sucede / Eso le pasa al que le sucede”.

Ana se fue. Jamás Celina había estado tan cariñosa. Empezó a desvestirme; me acariciaba, me hacía toda clase de mimos y me decía “pichoncito”. Yo, entretanto, pensaba que el hombre podía regresar mejor armado. Pensaba también en la puerta de la calle, semiderruida, y en la puerta del cuarto de Celina, cuya única seguridad era una aldabita fijada con dos tornillos mohosos. Celina leía en mí

sin dificultad: “Conmigo no te pasa nada”, me repetía. Nos acostamos, hice que ella se pusiera del lado de la pared para que me quedara fácil saltar del lecho. Siguió acariciándome. A veces me decía compungida: “No seas malito. Ya no te quiero. Ya no te quiero”. Yo, echado a su lado, desnudo bajo la cobija, con el oído atento a la puerta de la calle, monologaba. “Yo no soy un cobarde. Lo que pasa es que no me voy a jugar la vida por una damisela. Menos con un tipo que no conozco y que, de cierta manera, tiene razón. Él le dio trago, le hizo el gasto, y tenía por lo tanto derecho a acostarse con ella. Ella sabe que va a acostarse con el tipo con quien se pone a beber, él también lo sabe, es un convenio. Yo pensaba ahora que era ridículo jugarse la vida por una damisela. Es como el que apuesta una fortuna al cara y sello, y después se niega a pagar alegando que es absurdo arruinarse por que una moneda cayó por un lado u otro. Yo no puedo invocar ninguna excusa ya que conozco las reglas del juego, ya que me metí en el barrio y trasgredí sus códigos birlándole la mujer a un tipo que,

por esta noche, había adquirido un derecho legítimo sobre ella. No le demos vueltas al asunto, soy un cobarde. Y soy un cobarde porque me meto en líos que no soy capaz de afrontar. En el caso –hipotético– de que nos trezáramos en un duelo, me pincharía como una salchicha, agujoneado por la razón que lo asiste, la justa ira por sus derechos burlados. Ya veo el titular en la página roja de *El Colombiano*: JOVEN ESTUDIANTE ACUCHILLADO EN LAS CAMELIAS. Con todo y ello, ninguna filosofía puede librarme de mi vergüenza. Mi vergüenza es real e ineludible”.

Durante ese monólogo sobre la fuerza vinculante de la ley, monólogo que aquí resumo y que dejara en mi mente una impresión perdurable, Celina continuó en su empeño por animarme, hasta que, somnolienta, empezó a quietarse. Pero antes de hundirse en el sueño se despabiló por un momento, me dio un golpecito con el hombro y me dijo varias veces consecutivas: “¿Qué hubo, pues, Iván? ¿Qué hubo, pues?”, mientras su mano se paseaba bajo la cobija, vanamente.

